

EL AMBIENTE EN EL ESCENARIO PÚBLICO: 12 CLAVES PARA ENTENDER LA AGENDA AMBIENTAL

AUTOR: ARTURO FITZ HERBERT
EDITOR: JUAN PABLO CANNATA

SERIE:
DISCURSO PÚBLICO
INFORME N° 5
OCTUBRE 2021

ESCUELA DE
POSGRADOS EN
COMUNICACIÓN

UNIVERSIDAD
AUSTRAL



SEIS DATOS QUE INCENTIVAN LA REFLEXIÓN

1

86%

de los adolescentes de la Argentina piensa que el estado tiene que sancionar con multas graves a las empresas que contaminan el medio ambiente

Fuente: Investigación interdisciplinaria “Percepción de estudiantes y docentes en torno a los debates actuales de la educación sexual y de la conversación pública”, de Carolina Sánchez Agostini, Juan Pablo Cannata y equipo, **Universidad Austral**. En 2020 y 2021, encuestamos a 1160 adolescentes entre 14 y 18 años, estudiantes de colegios privados de distintas provincias del país, para explorar sus percepciones y opiniones sobre temas relevantes de la conversación pública. Las formulaciones se realizaron desde el marco predominante del debate correspondiente.

2

El 59% de los jóvenes del mundo manifestó que está extremadamente o muy preocupado por el cambio climático.

El 63% dijo que el cambio climático le produce ansiedad.

Fuente: Nature, 2021. Disponible en:
<https://www.nature.com/articles/d41586-021-02582-8>

3

El 50,8% de los argentinos confía mucho o bastante en las organizaciones ambientalistas.

El 29,5% confía en las grandes compañías.

Fuente: World Values Survey, 2017.

4

El 43,2% de los argentinos cree que es más importante promover el desarrollo económico y la generación de empleo que la protección del ambiente. El 40,6% cree que es más importante la protección ambiental.

En el mundo, el 54,4% privilegia el cuidado ambiental y el 36,2% el desarrollo económico.

Fuente: World Values Survey, 2017.

5

Al ser interrogados acerca de cuán preocupados estaban por el cuidado del ambiente en el país, un 82% de los argentinos se declaró muy o bastante preocupado. Sin embargo, cuando se preguntan los temas más relevantes del país, los argentinos no incluyen el cuidado ambiental.

Fuente: Cussianovich, Ernesto. “Las actitudes políticamente correctas en favor del ambiente”, en Informe Ambiental Anual 2015. Ana Di Pangracio, Andrés Napoli y Federico Sangalli (eds.). Buenos Aires: Fundación Ambiente y Recursos Naturales.

6

En 2018 se produjo la “Marcha en contra de Monsanto” en 436 ciudades del mundo. Los organizadores calcularon que participaron más de 2 millones de personas. Ese año, Bayer adquirió a Monsanto reconociendo una valuación de 63.000 millones de dólares.

Fuentes: medios de comunicación.

<https://www.usatoday.com/story/news/world/2013/05/25/global-protests-monsanto/2361007/>

<https://www.ambito.com/ambito-biz/bayer-cerro-la-compra-monsanto-us-63000-millones-n40238>

CLAVE

N. 1

El ambiente es una realidad material; el ambientalismo es una construcción social

El **ambiente** es una realidad material que existe independientemente del ser humano. Las actividades humanas lo afectan, e incluso pueden alterarlo de manera significativa.

El **ambientalismo**, en cambio, consiste en cómo se relacionan los seres humanos con el ambiente. Depende de cómo las personas interpretan individual y grupalmente ese vínculo: qué valor tiene el ambiente, cuál se considera que es su función, de qué manera lo afecta la actividad humana. En otras palabras, el ambientalismo -así como también el rechazo al ambientalismo- depende del punto de vista humano: es una construcción social.

El discurso ambientalista afecta directamente al proceso de construcción social. De qué y cómo se habla acerca del ambiente incide en las interpretaciones que sostenemos. Si bien el vínculo de algunas personas con el ambiente puede ser el resultado de su reflexión individual, la mayoría forma su punto de vista a partir del sistema de comunicación en el que participa: las conversaciones que tiene, los mensajes a los que se expone, su consumo cultural, etc.

Por este motivo, la relevancia del ambientalismo para una persona está relacionada -nunca determinada- con el contexto cultural y de los grupos de afinidad en los que se mueve. Esta afirmación es el fundamento de una observación obvia para cualquiera que tenga una perspectiva histórica: es mucho más probable que un individuo sea ambientalista en 2021 que 150 años atrás.



La distinción conceptual entre realidad material y construcción social es muy importante para no caer en el relativismo extremo, que niega la posibilidad de que los humanos accedan a una verdad que va más allá de sus construcciones. Pero hay un punto que no debe pasarse por alto: dado que las acciones humanas afectan a la realidad material, y dado que el modo en que pensamos nuestra relación con el ambiente afecta a las interacciones que tenemos con el ambiente, se desprende que el modo en que pensamos nuestra relación con el ambiente termina, indirectamente, incidiendo en él para bien o para mal.

CLAVE

N. 2

El ambientalismo era una agenda de los activistas, pero hoy es parte del sentido común global

Al ser el ambientalismo una construcción social, conocer su historia es fundamental para comprenderlo. Hace 100 años, el valor del cuidado ambiental era sostenido por un porcentaje muy reducido de la población humana. Tal como ha planteado el gran sociólogo alemán Norbert Elias, durante la mayor parte de la historia humana la naturaleza no ha sido enmarcada como un ámbito para cuidar, sino como la fuente de recursos para la supervivencia y/o el principal desafío con el cual lidiar. El vínculo histórico con la naturaleza es palpable en la película *El*



Renacido, en la cual la exploración de un bosque supone resistir a las inclemencias climáticas y a la posibilidad de enfrentamientos sorprendentes con animales y -lo más peligroso- con otros grupos humanos.

El salto tecnológico que dio la humanidad en los últimos 200 años produjo un dominio sobre la naturaleza que invirtió la relación: en la actualidad, los

seres humanos son la principal amenaza al ambiente. El modo en que la humanidad construye el ambiente se modificó a la par de este dominio. Mientras que en 1920 los movimientos ambientalistas se centraban en preservar territorios específicos del avance de la industrialización, en 2021 abundan los movimientos que luchan por la salud ambiental de todo el planeta.

No obstante, el dominio de la naturaleza y el cambio de mentalidad acerca del ambiente no fue un proceso automático, sino que fue promovido por la acción de una gran cantidad de personas comprometidas con el ambientalismo, sobre todo a partir de la década de 1960.

Dos de los hitos de la corriente ambientalista contemporánea están relacionados con la cultura alfabetizada, porque resultaron de la difusión de los libros *La primavera silenciosa* (1962) y *Los límites del crecimiento* (1972). El primero fue uno de los primeros *best sellers* en plantear el vínculo entre pesticidas y contaminación. El segundo era un informe que indicaba que, si permanecía el ritmo de crecimiento de la población, la industrialización y la contaminación en los niveles del momento, el planeta agotaría sus recursos en un plazo de un siglo.



Estas publicaciones marcaron la transición del ambientalismo desde una corriente de élite -primero social, luego científica- a un activismo de clase media. La preocupación por la amenaza al ambiente impactó fuertemente en grupos que formaron parte de lo que muchos sociólogos denominaron *Nuevos Movimientos Sociales* o *Nueva Izquierda*. Mientras que la izquierda tradicional estaba enfocada en la distribución de la riqueza y la lucha de clases, esta nueva corriente centró sus críticas al sistema capitalista en temas como las jerarquías de raza y de género, y en la destrucción del ambiente.

La *Nueva Izquierda* tuvo una gran difusión en las carreras de ciencias sociales del mundo desarrollado y fue mutando hacia un activismo de base más organizado, hasta institucionalizarse en diversas organizaciones no gubernamentales (ONGs). Las movilizaciones ambientalistas le dieron un nuevo impulso al tema, instalándolo en la agenda desde un lugar diferente al de las élites científicas.

La cada vez más frecuente aparición del tema en el escenario público lo politizó, por lo cual fue natural que la siguiente escala del ambientalismo fuera hacia los partidos políticos. Los partidos de izquierda comenzaron a incluir la defensa del ambiente en sus plataformas; en Europa aparecieron los partidos verdes; y en los Estados Unidos hubo un candidato presidencial, Al Gore, que propuso una agenda ambientalista muy potente. Asimismo, a las cumbres internacionales sobre desarrollo económico o derechos humanos, se sumaron las centradas en la protección ambiental.

Al mismo tiempo, los contenidos ambientalistas comenzaron a insertarse en las agendas escolares y a producir mayor conciencia en públicos alejados de la ciencia. La vinculación entre industrias y contaminación, teóricamente compleja, se volvió un saber común de la población. Esto allanó el camino a los movimientos ambientalistas locales, porque ya no resultaría complejo vincular a una industria con peligros para la salud.

Pero el cambio en el sentido común no sólo fue consecuencia del sistema educativo: quizás con menos difusión, pero más potencia, la industria del entretenimiento instaló la preocupación ambiental a través de historias que contaban luchas de comunidades contra industrias (como *Erin Brockovich*) o futuros distópicos con planetas asolados por desastres ambientales (como las más recientes *Mad Max: Fury on the Road* o la serie alemana *Dark*).

Un último hito de la instalación del ambientalismo en el sentido común fue la encíclica *Laudato si'*, donde el Papa Francisco incorporó al cuidado de la "casa común" como un deber moral de los católicos. Este fue, quizás, el último gran salto en la globalización del ambiente, que hoy puede ser considerado como parte del sentido común de la población.



CLAVE

N. 3

El lenguaje con el que se habla del ambiente incide en las percepciones ambientalistas

El neurolingüista George Lakoff ha advertido acerca del riesgo que supone separar a los problemas materiales del modo en que hablamos de ellos y, por lo tanto, los conocemos. El argumento es este: conceptualizamos la realidad a partir del lenguaje; los discursos que circulan en la sociedad nos permiten hablar sobre los temas de determinado modo; el modo en que hablamos sobre estos temas influye en nuestra conceptualización; nuestra conceptualización incide en cómo actuamos frente a la realidad.

Para Lakoff, estas interacciones cerebro-lenguaje-mundo deben ser tenidas en cuenta por aquellos que quieren evitar una crisis ambiental. El argumento es este: si no se habla en un lenguaje que las personas entiendan, las personas no van a poder conceptualizar los riesgos. Y, si las personas no perciben los riesgos ambientales, no van a modificar sus comportamientos para evitar que se vuelvan realidad.

Frank Luntz, uno de los principales estrategas del Partido Republicano de los Estados Unidos, es muy consciente de este proceso circular y ha recomendado a George W. Bush hablar sobre “cambio climático” en vez de “calentamiento global”. El calentamiento supone que las actividades humanas afectan al ambiente en una dirección determinada que, se sabe, implica consecuencias muy graves en el mediano plazo. Pero las palabras “cambio climático” dejan abierta la posibilidad de que las temperaturas promedio suban o bajen, por lo cual los efectos se vuelven inciertos. Según Luntz, sembrar esta incertidumbre era importante para que los republicanos pudieran mantener sus políticas de evitar las regulaciones ambientales.

CLAVE

N. 4

La posición frente al discurso ambiental es un problema ético

Si tomamos en cuenta que el maltrato al ambiente pone en riesgo la salud de las especies y que el modo en el que hablamos sobre el ambiente incide en cómo actuamos respecto al ambiente, el discurso ambiental pasa de ser un problema estratégico a implicar, además y por encima, un problema ético.

El problema incide en varios campos sociales. En el campo científico, la dimensión ética implica revelar los conocimientos que implican un riesgo potencial para el ambiente o la salud, aunque esta revelación vaya en contra de intereses de jugadores poderosos. En el ámbito político, implica hablar sobre el ambiente de una manera coherente con los valores y la información que se maneja. Y en el ámbito empresarial implica asumir el discurso ambiental sólo en aquellos casos en que haya real intención de tomar medidas que preserven el ambiente a pesar de que supongan menores rendimientos económicos.

Todo esto, por supuesto, en el marco de los conocimientos que se tienen en un momento dado. Las tecnologías mejoran constantemente, y también mejora nuestro conocimiento acerca de cómo ciertos procesos productivos afectan al ambiente y a la salud en el largo plazo. Por lo tanto, con el tiempo también cambian los estándares de lo que se considera una tecnología sostenible o “verde” y de los impactos ambientales que son razonables. El comportamiento ético supone buscar adecuarse a esos estándares. En consecuencia, tampoco corresponde juzgar la ética de comportamientos ajustados a estándares del pasado desde los estándares más exigentes de la actualidad.

CLAVE

N. 5

¿Ambientalismo o ambientalismos?
Por qué la generalización nos oculta los matices

Por economía lingüística, este informe viene hablando de ambientalismo, pero por la variedad de posturas entre los movimientos sería más adecuado hablar de ambientalismos, en plural. En efecto, hay formas muy variadas de problematizar el vínculo entre la humanidad y el ambiente, así como también son diversas las propuestas de reconstruir esa relación.

Una forma de clasificar a los ambientalismos consiste en distinguirlos según su postura frente a la industrialización y su alcance territorial. El cruce entre estas dos variables genera la siguiente matriz:

		Alcance geográfico	
		Local	Global
Cuestionamiento a la industrialización	Selectivo	AMBIENTALISMO LOCAL	AMBIENTALISMO REFORMISTA
	Amplio	CONSERVACIONISMO	ECOLOGISMO

El **conservacionismo** busca preservar al máximo determinadas zonas geográficas (p. ej. bosques nativos) o determinadas especies animales. No se opone a la industrialización en general, pero sí intenta evitar que se desarrollen actividades industriales en determinados territorios. En otras palabras, rechaza la actividad industrial dentro de límites definidos.

El **ecologismo**, en cambio, supone un cuestionamiento amplio de las actividades industriales a nivel global. Asume el punto de vista de la naturaleza y propone que los seres humanos tienen que encontrar nuevas formas de producción y de consumo que no afecten al ecosistema. El cuestionamiento es de fondo, hacia los modos de producción industrial a lo largo de todo el planeta.

El **reformismo** comparte con el ecologismo su intención de promover cambios a lo largo de todo el mundo. Sin embargo, su promoción de un mejor cuidado ambiental no se produce a través de una crítica al sistema de producción, sino que apunta a alcanzar mejoras tecnológicas y un uso racional de recursos que reduzcan lo máximo posible los impactos ambientales. En algunos casos, el reformismo comparte con el conservacionismo la intención de preservar ciertos espacios naturales (por ejemplo, reservas forestales), pero lo hace con el objetivo de preservar el equilibrio ambiental global y no necesariamente con el de conservar un territorio o un grupo de especies por su valor intrínseco.

Finalmente, el **ambientalismo** local rechaza proyectos específicos que considera riesgosos para el equilibrio ambiental y la salud humana del territorio que los rodea. El motivo principal que guía a este ambientalismo de base es el miedo hacia una actividad industrial que se juzga contaminante. Su crítica no implica un rechazo hacia todas las formas de explotación del territorio, sino uno particular hacia aquellas que considera altamente riesgosas para su comunidad. Su objetivo tampoco es el de lograr transformaciones globales, sino el de evitar que los riesgos de la industria señalada afecten a su mundo de vida.

Eventualmente, las organizaciones que componen los distintos tipos de ambientalismos pueden colaborar. Pero esto no significa que, cuando los temas que circunstancialmente los unen se agoten, esa cooperación se mantenga en el tiempo. Por lo tanto, la etiqueta “ambientalismo” oculta muchas diferencias de punto de vista. Del mismo modo, los individuos u organizaciones que entran al ambientalismo por “moda” o por considerarlo políticamente correcto pueden llevarse sorpresas cuando ven que su discurso no es universalmente aceptado por los ambientalistas.

CLAVE

N. 6

El ambientalismo
enciende la mecha
cuando involucra
riesgos a la salud
humana

A fines de los años 70s, el sociólogo Ronald Inglehart propuso que el ambientalismo era parte de un conjunto de “valores postmaterialistas”, es decir, de valores que surgieron en las clases medias del mundo desarrollado una vez que el bienestar económico pudo darse por sentado. Según su argumento, una vez garantizada la supervivencia, algunos grupos comenzaron a militar por valores de segundo orden. Esta tesis se ha vuelto muy popular y también muy discutida, a punto tal que inauguró toda una serie de estudios que buscan demostrar si el ambientalismo está asociado o no con el crecimiento de las clases medias.

Los intentos de corroborar la hipótesis de Inglehart han arrojado resultados dispares, pero hay un dato que aparece sistemáticamente: la conformación de los movimientos ambientalistas locales -aquellos que luchan contra una industria que presuntamente contamina el territorio donde el grupo vive- es multclasista. En otras palabras: puede ser que el cuidado ambiental como valor global sea más probable entre grupos de mayor bienestar económico, pero cuando una tecnología se asocia a un riesgo para la vida de una comunidad, la preocupación trasciende las distinciones de clase. Es decir, que el ambientalismo llega incluso a quienes no tienen la supervivencia económica asegurada cuando convence a las personas de que está en riesgo la supervivencia física propia o -sobre todo- de su familia.

He aquí otra característica importante del discurso ambientalista: es mucho más movilizador cuando está asociado a riesgos a la salud humana. Así, por ejemplo, muchos líderes de los movimientos locales deciden luchar contra una industria ante el miedo de que sus hijos se enfermen. Otro ejemplo es el impulso que se está tratando de dar al movimiento ambientalista a partir de la asociación entre daños ambientales -por ejemplo, la deforestación- y la aparición de pandemias¹.

La potencia de la vinculación entre ambiente y salud puede verse con facilidad si se observa la frecuencia con la cual aparecen calaveras o niños con deformidades en la simbología ambientalista.



¹ Puede verse un ejemplo en:
<https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/crece-amenaza-contagios-animales-personas-segun-cientifica-nid2436657>

CLAVE

N. 7

Existe el conocimiento verdadero y el método científico funciona, pero el discurso público los diluye a opiniones

Además de considerar que existe un mundo independiente de los humanos, este informe considera que es posible alcanzar conocimiento verdadero y que el método científico es una de las principales vías para hacerlo. En otras palabras, este informe no es relativista ni confunde a la verdad con las interpretaciones o las opiniones.

No obstante, la anterior es una afirmación filosófica que tiene que ser recontextualizada cuando se analiza el discurso público. En primer lugar, la ciencia es un procedimiento de duda y búsqueda de evidencias. Las hipótesis científicas se consideran corroboradas o rechazadas por los datos de acuerdo con ciertos estándares metodológicos. Las metodologías pueden mejorar, así como también la producción de datos, y esto tarde o temprano afecta a las teorías y a lo que se considera como verificado. Por lo tanto, el procedimiento de la ciencia para llegar a la verdad podría describirse de este modo: “creemos que la afirmación X es cierta porque estos datos la confirman. Vamos a seguir creyéndola siempre y cuando no aparezcan datos nuevos que nos hagan dudar de ella”.

El discurso público diluye estas sutilezas, sobre todo por la necesidad del discurso periodístico de llegar a una verdad que se comunique con la mayor claridad posible. De este modo, los estudios que para el científico “corroboran una hipótesis”, para el periodismo son demostraciones o verdades que descubrió la ciencia. Así, en la lógica periodística la ciencia está constantemente descubriendo “verdades” que después resultan ser falsas

y que minan el prestigio de los científicos ante algunos públicos. Un ejemplo de este procedimiento es la constante afirmación y refutación de que tomar una copa de vino por día es bueno para la salud. Esta diferencia de lógicas discursivas hace que la divulgación científica genere tensiones entre la necesidad de claridad y la distinción.

Otro punto importante que afecta al discurso público sobre la ciencia es la enorme especialización del conocimiento que se produjo en los últimos siglos: esto hace que, a medida que las personas se alejan de su especialidad, tengan más dificultades para evaluar la calidad de lo que afirma un conocedor del tema. Esta realidad no sólo afecta a la ciencia, sino a cualquier relación entre expertos y legos: así como quien no sabe de autos evalúa al mecánico más por la confianza que le produce que por las evaluaciones que hace sobre el vehículo, el público presta más atención a claves indirectas -como el estatus, la pertenencia institucional, la forma de hablar y presentarse- que a las evidencias con que un científico sostiene sus afirmaciones.

En conjunto, estas características hacen que para el público sea sumamente difícil distinguir la verdad de las opiniones. El método científico propone ciertas reglas para corroborar hipótesis y supone una supervisión del conjunto de los científicos respecto a esas reglas. Sin embargo, a medida que uno se aleja de los campos científicos, la capacidad de evaluar las evidencias que soportan un argumento es muy difícil, si no imposible. Las reacciones del público lego terminan siendo más

guiadas por la confianza en los enunciadores que por la evaluación sistemática de sus argumentaciones.

Esta realidad es particularmente compleja para la ciencia relacionada con el ambiente, sobre todo cuando se le piden certezas acerca de si un lugar está contaminado, y de quién y cómo lo contamina. La corroboración de la contaminación de un territorio puede ser relativamente fácil de determinar, pero no pasa lo mismo con sus causas. Tomemos el ejemplo del Riachuelo: ¿quién puede ser señalado como responsable de su contaminación, cuando múltiples industrias y comunidades arrojan allí desechos sin ningún tipo de tratamiento? El “porcentaje” de responsabilidad de cada actor es casi imposible de determinar científicamente.

En esta complejidad se hace más probable la divergencia de opinión entre los científicos. Y cuando estos científicos muestran sus argumentos en el escenario público, las afirmaciones pasan a ser evaluadas por códigos diferentes al de la ciencia. De este modo, las preguntas propias de la ciencia acerca de qué teorías, qué métodos y qué datos usó el científico son dejadas de lado en el escenario público, donde aparecen otros interrogantes como: qué intereses tiene, a quién responde y quién le paga. Asimismo, la evaluación de lo dicho se sostiene menos en el peso de sus argumentos y en el método utilizado para llegar a ellos que en “atajos” cognitivos como el prestigio de las instituciones donde el enunciador trabaja o ha estudiado, el lenguaje y la ropa que usa, el aspecto, etc.

CLAVE

N. 8

El discurso del desarrollo está en tensión con el discurso ambientalista

Así como en los años 70s el pensamiento de la izquierda cambió el eje de la distribución de la riqueza hacia las agendas “postmaterialistas”, el caballo de batalla tradicional del discurso de mercado, el desarrollo y su bienestar material, empezó a toparse con el límite del ambientalismo. La valoración social del desarrollo se ha transformado mucho desde entonces: si antes era un objetivo común de los diferentes sistemas económicos, ahora predomina la idea de que es inmoral buscar el desarrollo sin tomar en cuenta sus consecuencias a largo plazo.

La tensión entre desarrollo y ambiente afecta claramente a las empresas, que comenzaron a incorporar a su discurso el concepto de “desarrollo sostenible”. Sin embargo, el concepto fue víctima de su propio éxito. Mientras que todas las empresas hablan hoy de desarrollo sostenible, no todas son consecuentes en los hechos. Y el conocimiento público de desastres ambientales provocados por organizaciones que promovían el “desarrollo sostenible” no hace más que vaciar el concepto de significado. Como consecuencia, el concepto sigue siendo válido como estrategia organizacional, pero carece de toda efectividad como herramienta discursiva. Tanto es así, que en el discurso ambientalista se habla de *greenwashing* como una práctica empresaria de promover la agenda ambiental para desviar la atención sobre sus propias prácticas nocivas con el ambiente.

Asimismo, la tensión entre desarrollo y ambiente presenta desafíos para los partidos políticos que se presentan como promotores del desarrollo, sobre todo en las naciones emergentes. Por un lado, el discurso pierde peso político por las discusiones internas acerca del modelo de desarrollo. Esto es visible incluso al interior de las coaliciones. Por ejemplo, en la actualidad, en el Frente de Todos se enfrenta la visión del desarrollo agroindustrial del canciller Felipe Solá con la crítica al modelo de producción agrícola del Ministerio de Ambiente Juan Cabandié.

Por otro lado, la propia promoción del desarrollo choca con más barreras cuando no tiene en cuenta la sostenibilidad. De este modo, los acuerdos partidarios y la ilusión argentina con el desarrollo de Vaca Muerta son problematizados por posiciones como la del grupo de senadores de los Estados Unidos que se oponen al *fracking* y al intercambio comercial de sus productos.

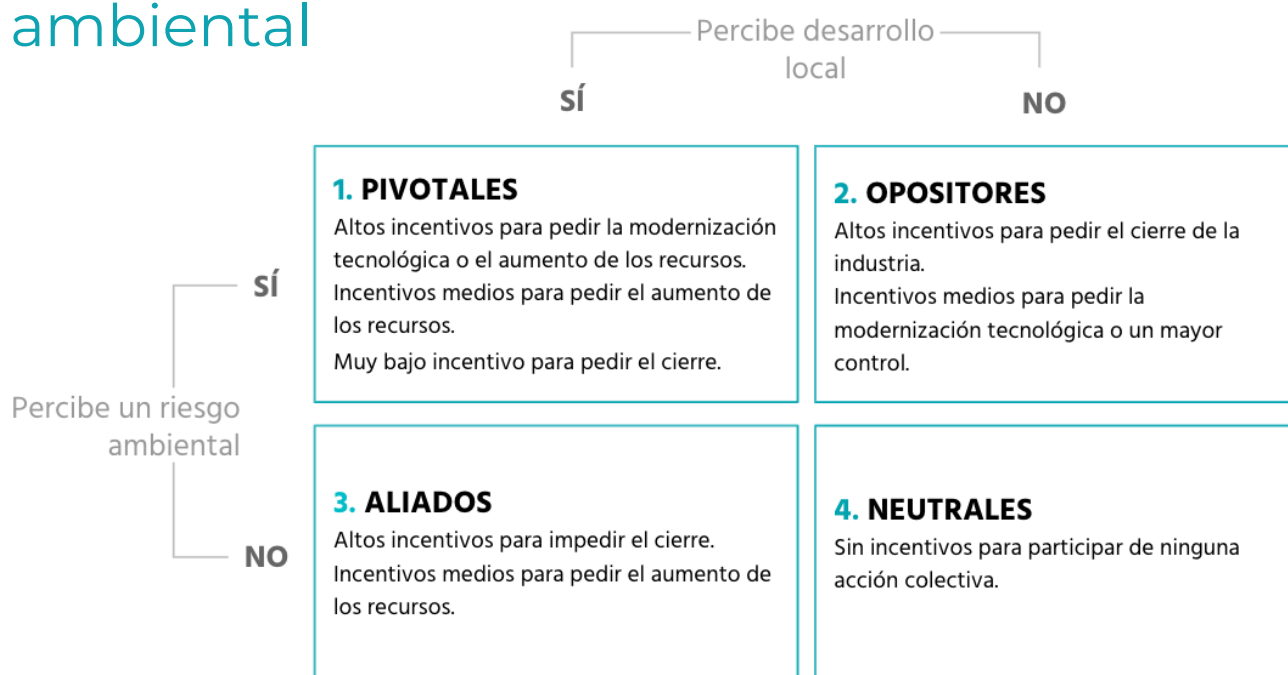


CLAVE

N. 9

Conflictos locales: dependen económicamente de una industria condiciona al activismo ambiental

La tensión discursiva entre desarrollo y ambiente suele trasladarse a las posiciones que toman diferentes grupos frente a proyectos controvertidos que están instalados o quieren instalarse en una comunidad. Los ejes de las posiciones son las percepciones sobre el impacto de la industria en el desarrollo local y sobre el riesgo que supone para el ambiente y la salud de la población. Estos ejes configuran cuatro posiciones:



Matriz de posiciones de la comunidad frente a la industria

Como puede verse, los opositores perciben que la industria genera un riesgo que no produce beneficios socioeconómicos o cuyos beneficios no son relevantes frente al riesgo potencial. Los aliados son quienes perciben el potencial de desarrollo local -a través trabajo, impuestos, acciones de responsabilidad social, etc.- sin grandes impactos ambientales. Los pivotaes se debaten entre los efectos socioeconómicos de la industria y su impacto ambiental. Y los neutrales permanecen indiferentes a la industria y sus efectos.

De acuerdo con el número y la capacidad de organización que tenga cada grupo en una comunidad, estas posiciones pueden derivar en conflictos entre ambientalistas y empresas o en dinámicas de polarización entre ambientalistas y defensores de la industria.

En la Argentina de la última década, además, estas posiciones suelen asociarse a posicionamientos más amplios respecto al sistema político. En general, los grupos ambientalistas suelen defender un discurso de democracia popular, en la cual los gobiernos y las instituciones deben respetar la voluntad de la mayoría. De este modo, si los habitantes de un territorio quieren que una industria cierre, esta debería hacerlo por más que respete las leyes y los protocolos locales.

Mientras tanto, los defensores de la industria suelen posicionarse dentro de la lógica del Estado de Derecho: si la empresa cumple con las normas legales y estándares tecnológicos, no tendría por qué cerrar. En esta lógica, la industria tampoco tendría motivos para buscar el diálogo con los ambientalistas, ya que la función de garantizar el orden y la reducción de los riesgos le corresponden al Estado.

CLAVE

N. 10

Al Estado le cuesta mucho ser un árbitro legitimado en la resolución de conflictos ambientales

Las posiciones encontradas de los participantes de un conflicto ambientalista local topan con otra dificultad: la baja legitimidad del Estado como árbitro. La crisis de confianza en el Estado es internacional: en muchas sociedades, la población confía mucho en las ONGs, muy poco en el Estado y los políticos, y casi nada en las empresas.

Esta situación hace difícil la canalización de los conflictos a través de las instituciones, porque los actores no aceptan decisiones finales de entidades que se perciben ineficientes, interesadas o, en el peor de los casos, corruptas. En este contexto, la tensión en el discurso público se recarga, porque el escenario público se transforma en la arena principal para dirimir los conflictos.

CLAVE

N. 11

Los estereotipos recargan el discurso ambiental: hippies vs. asesinos

Un último factor recarga al discurso ambiental durante los conflictos: la habitual formación de estereotipos entre los participantes del conflicto. Es llamativa la frecuencia en que se usan las mismas imágenes negativas en conflictos de muy diferentes lugares y culturas. Desde las empresas o los sectores productivos, a los ambientalistas se los suele calificar como “hippies”, “vagos” o “trotskistas”. Desde la vereda de enfrente, los empresarios son “asesinos”, “corruptos” y “explotadores”.

Con estos puntos de vista, el diálogo entre partes se vuelve muy difícil, y rara vez se logra sin mediadores ajenos al Estado.

CLAVE

N. 12

A pesar de los estereotipos mediáticos, puede haber un círculo de influencia positivo entre ambientalistas y empresas

Los conflictos suelen ser muy atractivos para la cobertura mediática, y por lo tanto no es extraño que las imágenes que se producen en el discurso público durante los conflictos sean importantes para la representación pública acerca del vínculo entre empresas y ambientalistas. A menudo se percibe a esta relación como una antinomia, en la que cada parte es un opuesto que se excluye.

No obstante, ambas partes son necesarias para mejorar la sustentabilidad. Los ambientalistas, insertando sus ideas en el discurso público, han generado presión a las empresas para ser más sostenibles. En el mundo desarrollado, son frecuentes los *boicots* a empresas ambientalmente irresponsables. Sin esa presión, muchas empresas no cambiarían su comportamiento.

Al mismo tiempo, ese clima social premia a las empresas más innovadoras en sus prácticas ambientales. De este modo, los autos eléctricos de *Tesla* y los experimentos de *KLM* con aviones más eficientes abren caminos para alternativas más amigables con el ambiente.

PERFIL DE LOS INVESTIGADORES

Arturo Fitz Herbert | @arturofitz

Coordinador e investigador del CECAP. Licenciado en Comunicación Social (Universidad Austral), Magíster en Ciencia Política (Universidad Torcuato Di Tella) y Doctor en Comunicación (Universidad Austral). Profesor de las materias Teoría General de la Información y Sociología de la Comunicación Colectiva. Investiga sobre conflictos ambientalistas y problemas de comunicación pública. También se ha desempeñado como consultor para organizaciones públicas y privadas.

Juan Pablo Cannata | @juancannata

Director e investigador del CECAP. Licenciado en Comunicación por la Universidad Austral. Magíster en Sociología por FLACSO. Candidato a Doctor en Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Profesor de Sociología de la Comunicación, de Gestión del Discurso Público y de *Media Relations*. Es profesor invitado de la Universidad de La Sabana (Colombia), la Universidad de Montevideo (Uruguay) y la Universidad Panamericana (México). Asesora a ONG's y centros educativos en temas de comunicación y discurso público en América Latina y España.



 <https://www.austral.edu.ar/posgrados-comunicacion/cecap/>

 cecap@austral.edu.ar

 Cerrito 1250 (C1010 AAZ)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires Argentina

